

Discurso pronunciado por Sr. Rector
de la Universidad Dr. don José
Joaquín Jiménez Núñez

Señores:

Tañen a duelo en los templos de la ciencia, porque ha doblado la cabeza al borde del infinito quien ofició en sus aras como alto, supremo sacerdote, que diera a los fieles sus hondas investigaciones sobre la vida, que es para los ungidos —como él—, belleza y armonía. Ya ha enmudecido su labio que dijo en todo tiempo la palabra redentora del carácter y del honor. Ya su brazo no alza su gesto de investigador, ni su mirada sorprende los secretos de las fuerzas creadoras de la existencia que en su expresión de sabio de la estirpe de Pasteur, comenzaban como una luciérnaga para convertirse luego en una luminaria. Este sí que era un grande hombre porque aunque el mundo llama así a quienes avasallan y a quienes oprimen, ese juicio queda bien pronto deshecho en el camino y se alza la voz suprema de la moral única que consagra como tales a los grandes sembradores, a quienes prendieron luces en el camino eterno de los destinos humanos. Por su modestía pareció un labriego ignorado y oscuro; por su entereza, un castellano de los que inmortalizó Calderón; un benedictino por su perseverancia; un niño, por su conciencia limpia; por la enorme pujanza de su cerebro, un picacho de nuestras montañas, de esos que le imponen rumbo al huracán.

La universidad nacional enluta su estandarte y se prepara para honrar su memoria en asamblea solemne, donde haya de analizarse mejor su figura egregia, como que se ha ido a recibir el galardón de los buenos, quien fuera su miembro de honor y su benefactor insigne y será entonces cuando se diga el juicio cabal y la palabra justa sobre este verdadero grande de la ciencia, de la caridad y de la patria.
